

Foucault. La sonrisa melancólica, ocasionada por el horror

Edgardo Adrián López, Doctor en Historia

Resumen

Si bien como intelectual marxista no soy foucaultiano y le orienté a Paul-Michel, más de una crítica, en la primera pesquisa no leninista de una serie que continuará, se presentará a Foucault, rastreando una actitud corporal singular de él, la que era su propensión a las carcajadas

Paul-Michel "... señala que el descubrimiento freudiano del *Inconsciente había ...*" revolucionado la manera de apreciar la locura –traslación del portugués

Roudinesco, Elisabeth: *Em defesa da Psicanálise. Ensaios e entrevistas*. Jorge Zahar Editora Ltda., Rio de Janeiro, 2010, 162

Intenté "... saber por qué ... (se hizo) importante (ocuparse de alguien que presta a fondo perdido o de un ateo hasta la saciedad) ..."; por qué fue esencial apagar tales existencias
Foucault, Paul-Michel: "9. La vida de los hombres infames" en *La vida de los hombres infames*, Editorial Altamira, La Plata, pp. 121/122

Primera Ceroidad

Lo que consideramos un grueso error de concepto y de caracterización de la trayectoria foucaultiana, es lo que nos impuso el despertar de nuestra siesta marxiana en la que nos comenzamos a aburrir y en la que no dejamos de girar en torno de lo mismo, sin alcanzar lo otro... –una versión de lo que desplegamos apareció ya en <http://www.salta21.com/Foucault-La-sonrisa-melancolica.html>, el pasado 01 de Diciembre (lo que acontece es que duplicamos los escritos para diseminar y desdoblarse el inicio; no para abultar artificialmente, el "Curriculum Vitae").

No existe nada peor para el Psicoanálisis, para Šlomo y para Lacan que las investigaciones del amigo de Louis René, puesto que Paul-Michel, en su etapa estructuralista, que dura desde sus primeras pesquisas, como la de *Dolencia mental y personalidad*, hasta *Las palabras y las cosas*, intenta mostrar que el Psicoanálisis es una policía del deseo, de las pulsiones y del Inconsciente y que no es más que otro poder carcelario que se sucede en una secuencia de poderes opresivos en torno a uno de los ejes que obsesionó a lo que podría denominarse "Occidente" y que es la demencia.

Por mi lado, aquí y allá, expresé mi desacuerdo con esa desmesura y me pregunté por qué ese odio de Foucault, con relación al Psicoanálisis; no obstante, eso es otro tema y no es lo que abordaré; buscaré revelar que el gustador de Sade no aprecia ni a Freud, ni a Émile, ni al Psicoanálisis, rescatando lo positivo de las contribuciones de Paul-Michel e ignorando sus desventuras con respecto a Karl, al socialismo y a la insurgencia.

Primera “Primificación”

Una de las inmensas lagunas en Foucault es que no acota, al menos, en su período estructuralista, que abarca más de una década..., lo que comprenderá por “Occidente”. Es algo que da por sentado, cayendo en el sentido común académico de que Occidente es lo que se constituye con el Oriente griego y con la duplicidad Este/Oeste romano, hasta llegar a lo que denominará la *Época Clásica*, fase que abarca el Renacimiento tardío y la Revolución Francesa.

El “Occidente” es una estructura de larguísima duración y prácticamente inmóvil, excepto por las alteraciones en la espesura de los poderes, y de lo que dicen y de lo que nos obligan a enunciar.

Para comentar al galo desde estos axiomas, haremos una separación que es arbitraria y no, entre un libro como *Enfermedad mental y personalidad e Historia de la locura...*

Como es sabido, esta segunda obra, que se divide en dos tomos por su extensión, es la Tesis Doctoral de un joven filósofo estructuralista, que después del estallido que gestó Derrida en la Universidad de John Hopkins, donde Elyah inventa solito el pos estructuralismo y la deconstrucción, postestructuralismo del que se harán eco los antiguos estructuralistas, como Deleuze, es la que torna famoso a un desconocido. El libro se convierte a gran velocidad, en un “best-seller”.

Por eso es que tomaremos como referencia la obra que glosaremos (puede que sea un criterio débil –sí; es cierto, pero en una sociedad donde el mercado es lo que domina, no está mal observar lo que se vende en el mundo de las ideas).

Primera “Atesis”

Podemos sugerir que desde sus tempranas indagaciones hasta el recorrido que Foucault concreta sobre cómo se fue construyendo la *demencia* para justificar el poder de lo que llamará más tarde, vigilar y castigar, Paul-Michel procedía por tanteos, hasta que se percata que con su descripción de cómo se conceptúa lo que se bautizará de locura, está efectuando una historia de cómo se convierten en objetos, en cosas, en entidades, palabras que son apropiadas por discursos y en cómo tales discursos son una de las herramientas de algo ubicuo, inasible y espantoso que son los poderes anónimos, que no se identifican ni con grupos, ni con clases sociales, ni con aparatos de Estado, ni con leyes, ni con tradiciones, etc., aunque puedan atravesar todos esos elementos.

Este es lo que podría denominarse el “segundo Foucault” y el que para nosotros, será el más original, completando ese periplo con *Una arqueología de la mirada médica* y con *El nacimiento de la prisión*.

Sufriendo críticas ácidas desde todos los frentes, Paul-Michel se hará mañoso y comenzará a negar siempre y de manera odiosa, lo que es evidente que sus palimpsestos dilucidaban; el ejemplo ejemplar es *La arqueología del saber* con relación a los ataques que sufrió *Las palabras y las cosas*.

Nosotros nos quedaremos, como lo adelantamos, con el mejor de los compañeros de Louis René y no con ese Foucault que negará con absoluto descaro que él nunca se ocupó de los poderes (ir a <http://www.salta21.com/Alucinaciones-EI.html>) o que ignoraba a Marx y a pesar de eso, gritaba que no se le hablara más de Karl porque él, Paul-Michel, había nacido para superar a Marx, tal cual lo esparcimos en <http://www.salta21.com/Marx-Theatrum.html>.

El proyecto de ese “segundo Foucault” creativo se condensa en uno de los textos más hermosos, bellamente escritos y conmovedores de la Historia en general, que es el opúsculo “La vida de los hombres infames”.

Primera Secundidad. “Affermazione”

La *Historia de la locura en la Época Clásica*, se reparte en dos volúmenes.

El primer tomo se escinde a su vez, en dos secciones.

En la Primera Parte, hay un “Prólogo” que es una polémica en clave en contra de Derrida, enfrentamiento que se continúa con una larga glosa a Descartes y que en realidad, tiene su inicio en otra sesión, en otro lugar, en un artículo poco diplomático de Eliahou en el que llega a menospreciar a Paul-Michel, el que estaba presente en la conferencia y el que guardó inexplicable silencio durante años, hasta que, sin saberse por qué, estalló de ira y su enojo se plasmó en esa introducción que obviamente, no figura en su Defensa de Tesis, porque la Defensa de su Doctorado sucedió en 1960 y lo que registramos es posterior [la Tesis de Foucault hubiera merecido la máxima calificación, pero el obtuso Jurado, integrado por Canguilhem..., le otorgó una pobre Medalla de Bronce –ni todas las obras de Georges amontonadas, igualan las líneas más brillantes del amigo de Deleuze (pero ese es el destino que se padece con Tribunales de idiotas acartonados)].

El Prólogo alude socarronamente a lo que Derrida enarbola en desmedro de cualquier introducción en su libro *La Diseminación*.

La escasamente amable palestra de Elyah sobre Paul-Michel se incluyó en *La escritura y la diferencia*.

Primera Tercerificación. “Verneinung”

La Primera Parte puede ser distinguida entre los tres capítulos iniciales y entre los otros dos conclusivos.

En el Capítulo I, se efectúa una lúcida presentación de los temas que se abordarán.

Lo que una vez, se *ignora cómo*, había asomado en Occidente, que son los leprosos y los leprosarios, desaparecen hacia principios del Siglo XVI. Despacio y de modo intrincado y algo avanzada esa misma centuria, se levanta una necesidad inédita de temer a algo. Los que sufrirán enfermedades venéreas, serán los objetos a los que conservar alejados, excluidos, segregados, marginados.

Con los enfermos por una sexualidad que se imagina descontrolada, se articula un aparato curioso, de ondas repercusiones en la Historia de Occidente; el internado; el internamiento.

La mirada social, anónima, comienza a fijarse en lo que se nombra de “locos” y para los *dementes*, se inventa otro aparato; la “nave de los locos”.

Este movimiento subterráneo, que no es simplemente inconsciente, se asocia con el acontecimiento de que la *demencia* adquiere la dignidad de ser hablada por los filósofos. Uno de los pensadores que tematiza la locura es Erasmo de Rotterdam.

La otra variable es que a los dementes se les asigna un saber que es inaccesible (no creemos, como Artaud, en una locura que sea enclaustrada).

El otro componente es que hay una transformación de los lugares que la Razón asigna a la “Ratio” y al universo oscuro de la Sinrazón. Al mismo tiempo, existe una conversión constante aunque no sin rupturas, de los discursos que se atarean con la demencia, hasta arribar a Freud –es el primer indicio que contradice palmariamente, lo que sostiene Elisabeth en más de una ocasión (e. g., en su obra acerca de la Historia del Psicoanálisis en Francia).

A partir del Siglo XVII, se da otro corte. De un internamiento difuso, se pasa al encierro de los *locos* en hospitales, en prisiones.

El Capítulo II aborda el espacio de la demencia en René y es este fragmento, a la par de otras cosas, lo que Derrida objeta.

El amado por Defert, sostiene que Descartes blindo la racionalidad de la Razón, no por el recurso a que si duda de la racionalidad de la “Kāraṇam” no puede estar soñando, sino porque si duda, implica que no está loco. René fundamenta la racionalidad de la Razón y la confianza que se puede depositar en ella, en que es posible separar la *lemesls* de lo que es “demencia”.

Para René, la locura no es depositaria de conocimiento alguno; la única que es hábil para la elaboración de un saber es el *Logos*.

En simultáneo al tratamiento erudito de la demencia, se esparcen aparatos de encierro. El hospital es uno de ellos; la Iglesia posee sus propias instituciones de aislamiento.

El resultado es que los aparatos de encierro se multiplican y la obsesión por segregar la locura, suscita un desorden en su exclusión.

Es uno de los pasajes donde se aprecia la fina ironía de Paul-Michel y que consiste en que se quiere gestar un espacio que sea propio para los “insanos”, pero los lugares de encierro se diseminan a tal grado, que aparece una locura en la diversidad de espacios de aislamiento para enclaustrar a los *desquiciados*.

La demencia de este desorden, de esa indiferenciación de los lugares de encierro, se une a la locura de que los “insanos” son juntados con los pobres, con los mendigos, con los desocupados.

A pesar de todo, en ese desorden que también es desquicio o insania, existe una Moral para Corregir lo que se evalúa torcido. Esa Moral es administrada por el Estado.

En el Capítulo III, Foucault dice que las instituciones de aislamiento, de ser enseñantes de la virtud..., otro sarcasmo, devienen poco a poco, en asilos que estigmatizan a los locos como asociales y se torna a los dementes en alienados.



En p. 62, el compañero de Louis René usa por primera vez, el lexema “arqueología”, lo que significa que Paul-Michel está procurando concretar una *gogohag* de cómo se alucinó, en Occidente, lo que es locura, a través de mecanismos de exclusión que tienen sus antecedentes en la actitud con respecto a los leprosos.

Con un encierro un poco más atento, apelando a la Medicina para determinar el estatuto de alienado, en las postrimerías de la centuria del ‘600, la “Medycyna” se vuelve cómplice de la Moral: determinado quién es el *insensato*, es impostergable redimirlo de lo que lo transformó en alienado, lo que es seguramente, el alejamiento de la familia y de los valores familiares.

Esta Moral medicalizada y esa Medicina moralizada, moralizante y moralizadora, se enfoca en el libertino y en el licenciado. El insano es una suerte de “libertino” de la *Raison* y es alguien que se permitió en algún instante, la licencia de la Sinrazón.

El libertino es un alienado por la anarquía destructiva de su Moral o por la ausencia de ella.

Se percibe otra alteración; los insanos, el licenciado, los blasfemos, el libertino, los alquimistas, los disipadores, se miden por referencia a lo Normal. La “Ratio” se calibra por la Sinrazón y por lo que se pondera Normal.

Primera Cuartidad. Doble negación

Foucault rechaza la dialéctica y lo que hacemos con su presentación, es una interpretación “dialektiek” de su recorrido, dialéctica que es la que hemos edificado a partir de un entramado entre la *dijalektika* que imaginamos que palpita en el Heinrich de la Tesis Doctoral alrededor del “clinamen”, entre lo que insiste en Epicuro y en Lucrecio, entre lo que nos apropiamos de Deleuze y entre lo que re significamos de Peirce (entre otros innumerables *topoi*, “picar” en <http://www.salta21.com/Marx-Theatrum.html> y en <http://www.salta21.com/Los-intelectuales-y-Marx-II.html>). Sin embargo, si la trayectoria del pensamiento del amado por Defert no se vulnera por eso, es que la estrategia es operativa (es plausible que el rebote de la “vairud’dhyātmakata” por Paul-Michel, sea una resistencia psicoanalítica, como lo es su patetismo con relación al nieto de Levy...).

El asunto es que en el Capítulo IV, en p. 83, el gallo enuncia algo que pasó completamente desapercibido y es que no sólo se puede hilvanar una Arqueología de cómo se delineó lo que es el alienado, sino que los saberes, como el de la Medicina, pueden inventar su propia Arqueología, en este caso, de la locura.

La arqueología de la mirada médica sobre la demencia, transforma a los insanos en *enfermos mentales*, lo que será un proceso extenso y meandroso, que culminará en el Siglo XIX y en el ‘900, con la complicidad de la Psiquiatría y del Psicoanálisis (es la segunda ocasión en que Foucault, se opone a lo que le fuerza a decir Roudinesco).

La “Medicine” no se conforma con proferir que un alienado es un enfermo mental; desea clasificar a los locos –otra dolorosa ironía; un conocimiento que aspira a ser científico, cae en la demencia de taxonomías ridículas (la Medicina colorea una laboriosa separación entre los frenéticos, los pasivos, los furiosos, los lunáticos, los fantasiosos).

Al abigarrado conjunto que se está levantando a lo ancho de las centurias –exclusión, encierro, Moral loca que busca corregir, administración estatal y alienada de la demencia, aprovechamiento económico e insano de los alienados, clasificación desquiciada de los insanos como enfermos mentales, distinción loca de los dementes, medicalización absurda de los alienados–, se agrega un personaje que parece inofensivo: el médico; a esa figura, se le acoplarán los semblantes del enfermo y el del paciente.

El médico se asemeja a un carcelero titulado y el insano es visto como un enfermo.

De pronto, se añade otro elemento en esta danza macabra; la Justicia.

El Juez, la burocracia, el Estado, la Justicia tienen interés en que se diga quién está efectivamente, alienado porque se puede fingir la locura. Es idénticamente, para separar al desquiciado del criminal [otra carcajada triste de este Paul-Michel más íntimo (la Justicia no es capaz de observar su propia insania, al procurar diferenciar al alienado del criminal...)].

En el Capítulo V, Foucault amortigua sus asertos.

La locura que se cincela en la Época Clásica, es una *demencia moral* a la que hay que curar con instrumentos morales, por justificativos morales y con objetivos morales; no se corrige al desquiciado basados en una terapéutica médica.

La Sinrazón es moralizada y judicializada, más que medicalizada. Falta para eso... Por lo que acontece en el '700, aparece otra penosa risa en Paul-Michel: los alienados son convertidos en espectáculo; los padres normales..., llevan a sus niños a observar cómo, por unos cuantos latigazos y por unas monedas, los desquiciados son hábiles para cualquier tipo de contorsiones (verdaderamente, ya hay que estar lo suficientemente alucinado para imaginarse que es de lo más sano, disfrutar de un domingo en familia, viendo cómo se golpea a los locos para que ejecuten morisquetas por temor a que los sigan castigando con el estímulo reconfortante del látigo).

Si leemos de esta manera a Foucault, lo que apreciamos es que lo que concretó el hombre con respecto a lo insano, es una demencia más terrible que lo que se descalifica de "locura" y que esa crueldad de unos para con otros, no merece sino una carcajada infinita, aunque ahogada en tristeza por cómo se pretende legitimar las demencias de vigilar, de estigmatizar, de castigar, de excluir, de corregir, de internar, de condenar, de pertrechar a la familia, de blindar al Estado, de apoyar la racionalidad de la Justicia, de creer en la cientificidad de saberes como la Medicina, de inventar aparatos y estrategias espantosas –los hospitales, las prisiones, el internado para los alienados, las cuerdas para los que se masturban, la preocupación por lo que se confiesa, el control de lo que es escrito, la distribución de la autoridad para hablar con autoridad.

Como fuere, el tierno espectáculo de los insanos contorneándose por el dolor de los golpes y para el goce de los normales, muestra lo que existe de animal en los individuos.

Paul-Michel concluye que a la oposición *Logos* vs. Sinrazón, y "Raison" vs. Anormal, se encajan las tensiones entre hombre y Naturaleza, y entre hombre y animal, oposiciones que nos llegan desde Aristóteles.

Todavía, en el Siglo XVIII, somos bastante griegos. Penosa, triste/mente; sí...

Primera "Quintificación". *Clinamen*

Paul-Michel acrecienta que "... *la mecánica del poder no se analizaba nunca*" por los marxistas, con lo que el compañero del amigo de Guattari, entiende directamente, que la dinámica de los poderes no se estudió jamás por Heinrich

Foucault, Paul-Michel: *Estrategias de poder. Obras esenciales, volumen II*. Ediciones Paidós Ibérica, S. A., Barcelona, 1999, 46

Es que "*Foucault estaba cansado de los antiguos marxistas ... (Simpatizaba) ... más por alguien que, como Ariès, pudo permanecer fiel a sus valores propios ...*"

Macey, David: *Las vidas de Michel Foucault*. Ediciones Cátedra S. A., Madrid, 1995, 557 [muy emotivo e interesante..., excepto porque el natural de Blois era un reaccionario, un conservador, un elemental anti marxista y alguien que se consideraba un "anarquista de derecha", lo que deja en pie el aspecto que era de derecha, en virtud de que anarquista, no era –tal cual lo esparcí en más de una oportunidad, lo que fue mal barajado y lo cual me ocasionó el distanciamiento con varias personas, cada quien tiene

derecho a su propia necedad, afirmación que me incluye y que me avala para que insista torpemente, en una apertura “estrórgoba” y *asnal*, aberrante, de “Karell”]

Como quiera que fuese, Elisabeth no es la única en delirar que Paul-Michel le hace un gran favor al Psicoanálisis, sin percatarse que lo destruye; el yerno de Jacques-Marie, alucina que el admirador de Mitterrand, se encuentra influido por el Psicoanálisis de estilo lacaniano [Miller, Jacques-Alain et al.: *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Editorial Paidós SAICF, Buenos Aires, 2005, 135].

Sobre ese particular, hay una conferencia editada como *¿Qué es un autor?*, donde Foucault es de un costado a otro, pos estructuralista y reniega de la Lingüística, de la Semiótica y de las nociones de sujeto, de signo y de significante, ideas que son centrales en Émile. A esa palestra asistió tarde Jacques-Marie, queriendo manifestar con eso una ninguneada soberbia desde alguien que ya se consideraba Lacan, hacia otro alguien que podría ser un individuo que producía de tiempo en tiempo, conceptos estimulantes, pero que no estaba a la altura para desafiar a Émile, quien se evaluaba el descubridor del Inconsciente, el que entendió como se debiera a Freud, el que disolvió todas las clases de filosofías, para edificar Una Filosofía, que era la de Jacques-Marie, la cual era ingeniosa para sostenerse a sí misma; Emile era en suma, el que comprendió mejor que sus contemporáneos a Lacan.

Casi en el cierre de la conferencia, Jacques-Marie pide la palabra y le arroja en la cara al lector de Sade, que en esa moda que se denomina “postestructuralismo” no encontró nada que le haga desistir de las categorías de sujeto, de signo y de significante. Su Psicoanálisis era testimonio de esa imposibilidad (Émile no escupió lo que dijo de esta manera; lo estamos parafraseando).

Saliendo de la marginalia, recordemos que en el Capítulo IV de la Primera Parte del volumen uno de su Tesis Doctoral, Foucault adelanta que cada conocimiento es diestro para concretar su propia *archiealohija*. La Medicina es una arqueología de lo desquiciado y de los alienados.

La vuelta de tuerca de eso, es que la “Purātattva śāstra” del amado por Defert es una *Arheoloogia* de las arqueologías de los saberes que aspiran a ser ciencia y que para Foucault, no lo consiguen o lo logran de una forma trágica.

Los conocimientos que Occidente impuso con la prepotencia de los asesinatos, de las purgas, de las hogueras, de los exilios, del cadalso, de los destierros, como Ciencias al resto del planeta, son meros saberes y no se diferencian mucho de otros conocimientos, excepto en su vocación horrorosa, truculenta y violenta de pretender acallar otros saberes apelando a la legitimidad de que los conocimientos de las Ciencias son verdaderos y lo que producen los otros saberes, son de menor valía, para indicar lo menos –este es otro magnífico sarcasmo del consultor de Raymond Russel, ironía que es desgarradora (a quien rehabilita a Pierre Rivière, no le hace gracia de lo que se ríe; la mueca del enemistado con Derrida es con una pena sin cancelación, como en un duelo eterno).

Continuando con el movimiento dialéctico iniciado, estamos en condiciones de declarar que la Segunda Parte de la obra que apostillamos, es comenzada con una Introducción.

Le sigue el Capítulo I.

Esa constelación de palabras es lo que glosaremos en este apartado.

En la Introducción, Paul-Michel nos anoticia que para que emergiera la probabilidad de cincelar “aquél está loco”, hubo que construir la insania, lo que insumió centurias y la intervención de un sinnúmero de factores.

Tampoco fue de suyo poder transformar en objeto de análisis la demencia, tal como se hará en los Siglos XIX y XX.

En lugar de impugnar que haya locura y que conocimientos como el de la Psiquiatría o, después, como el del Psicoanálisis, aspiren al Trono y al Imperio de La Ciencia, sin ser plausible justificar que tales saberes puedan ser ciencias, salvo por la insania de los que se esmeraron, como Sigmund, para convertir en Ciencia algo que es un discurso entre otros discursos, Occidente establece que existe el alienado, que hay que medicalizarlo, que es ineludible internarlo y que los que duden de que existe la locura, deben estar bastante desquiciados para resistirse al Progreso de la Verdad.

El insano pasa por 3 etapas.

La locura es denunciada, verbalizada y segregada. Primer movimiento alucinatorio para delirar que se puede indicar quién está *loco*.

La insania es enclaustrada en disímiles dispositivos de internamiento. Segundo proceso demencial que es incapaz de ver su propia locura, al privar de la libertad al que se masacra con el epíteto de “desquiciado”.

La demencia que será encaminada al asilo, con la Revolución Francesa, se hará blanco de un conocimiento específico, el de la Psiquiatría, el cual se legitimará en su racionalidad porque los que estudian a los insanos, no están locos; por eso, son hábiles para clasificarlos.

Tercer movimiento demencial, que no se percata que insiste una petición de principio en que los psiquiatras se consideren sanos en virtud de que disecan a los *locos*. No se sospecha que quizá, haya que estar ya alucinado para ocuparse de los desquiciados y para inventar tratamientos descomunales, irrisorios. No es asimilado que el psiquiatra es el soberano de los alienados por estar él mismo bastante insano; no por ser el normal que catalogará a los dementes.

En el Capítulo IV, el reconciliado con Deleuze, mencionará un aparato que, además de ser inhumano..., denuncia la locura de los psiquiatras que se consideran a sí mismos, sanos y no contaminados con la peste de la demencia.

Se trata de un palo grueso, firmemente injertado en un cilindro en el suelo, poste que gira a una velocidad que se altera a placer. A media altura, el palo tiene sujeta una silla que detenta implementos para inmovilizar al pobre tipo que cayó en las redes de la Psiquiatría y de esos alienados que son los psiquiatras, los cuales son unos torturadores malditos, amparados por una corporación no menos enferma, que es la academia que los impulsó a demoler a los que, si no estaban insanos antes que los agarraran tales psiquiatras, acabaron por volverse locos a manos de esos sujetos de espanto que son los médicos del alma.

Según sea la clase de demencia que atraviese al psiquiatra y de acuerdo a la insania que se pondere que tiene el alienado, se ajusta la velocidad de giro de la silla. Si el vértigo provocado es demasiado, se regula mejor la velocidad a la que, a los gritos y llantos, gira el supuesto loco [el que crea que esto se suprimió luego, por una mejor comprensión de la demencia, no entiende el planteo de Foucault –la locura es una creación para dominar (no puede haber progreso en la comprensión de la insania; lo que hay son cambios en los modos en que los poderes insidiosos enloquecen a alguien y luego, lo objetivan bajo el terror de los discursos, que son el de la Medicina y el de la Psiquiatría, para agregarse después el Psicoanálisis a toda esta fealdad)].

En el Capítulo I, el gustador de Russel alude a Descartes. El modelo de hombre sensato es el que piensa con cordura...

En el '600 seguimos pues, con la dificultad de que no se encuentran criterios para deslindar lo que es normalidad de lo que es insania, sin que se caiga una y otra vez, en círculos viciosos, como el que se manifiesta en René.

En la primera mitad del Siglo XVIII, es inducida otra consciencia epocal de la locura, la que conducirá por infinitas sendas a una Nosología de lo desquiciado que aparece poco a poco y que se constituye a fines de la centuria.

La taxonomía es ahora la del frenesí, la del delirio, la de la manía, la de la idiotez, la de la melancolía. No obstante, esa clasificación no deja de ser demente en sí misma –otras lágrimas silenciosas caen de los ojos de Foucault, de tanto expurgar documentos que asquean.

Como fuere, la locura se transforma en Objeto de la Medicina para lo cual ese conocimiento pretencioso, sufre alteraciones. Se desgaja una rama que se torna Medicina Práctica o Clínica.

Con la Clínica, el poder del médico se fortalece y el enfermo es la materialidad en la que se pone en acción esa potencia que, aparte de reconfortarse y de justificar que el terapeuta no está alienado, separa al especialista del lego, del paciente, que es al que se aplicará el poder de la Medicina (a Pierre-Michel se le secan las lágrimas; no hay sonrisa; las cosas se están poniendo cada vez, más sombrías).

Primera Sexticidad. “Verspreiding”

Acá enfocaremos los capítulos II, III y IV.

En el Capítulo II, el lector de Nietzsche esgrime que con esa mutación que es la Clínica, se asocian en una masonería conspirativa, la Justicia y la Medicina. La Justicia, porque no desea equivocarse con un criminal y tomar por genuina una locura fingida; la Medicina, a causa de que anhela ser el saber que pueda separar definitivamente, la *Ratio* de ese fantasma escabroso de la Sinrazón, que es la demencia y que se tardó tantas centurias en aislar, en estudiar, en ordenar en una Nosología.

Principia otro cambio. Los cadáveres de los insanos son abiertos; se analizan sus cerebros.

La demencia no es solamente, una enfermedad mental, sino una dolencia del cuerpo, con plausibles componentes fisiológicos, y una enfermedad del alma.

Se comienzan a estipular cuáles pueden ser los desencadenantes de la locura: embriaguez, herencia, fragilidad, alimentación. A la par, son estudiadas las pasiones como la melancolía, la pena, la angustia.

Otra transformación repentina; el desquiciado habla; existe un lenguaje de la demencia. En p. 56, Foucault enuncia que es plausible hacer una “arheologija” de ese conocimiento oculto en el decir de la locura. Es la primera vez que Paul-Michel emplea los lexemas **arqueología del saber**.

El Capítulo III, describe la simplificación de la taxonomía de la insania. Hay tres estructuras (¿suena conocido?), que son la Demencia, la Manía y la Histeria.

La otra mutación es que de la Medicina se desprende la Psiquiatría.

En el Capítulo IV, Paul-Michel rastrea la anarquía que introducen los que compiten con los médicos titulados, en el tratamiento de los pacientes.

La Corporación Médica protesta con energía; los únicos que pueden tratar enfermos son los habilitados por un saber peculiar; el conocimiento del médico avalado jurídicamente.

Con eso, termina el libro uno de la *Historia de la locura...*

Ahora, expondremos el volumen II.

Segunda “Cerificación”

Paul-Michel únicamente se “... *interesa por los gestos y los criterios de la exclusión; (nunca por) los excluidos ...*”

Guinzburg, Carlo: *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del Siglo XVI*. Muchnik Editores, S. A., Barcelona, 1999, 8 [vociferé que Foucault, aun cuando fuera un escritor con un estilo de literato gigante, no era rival de Marx, como para justificar que diseminara que él, Paul-Michel, había disuelto a “ese señor” del que no deseaba que le hablasen más (ir a <http://www.salta21.com/Marx-Theatrum.html>), pero que un historiador con pretensiones de Rey de las Ciencias Sociales, cometa ese dislate con el lector de Sade, exige poner las tildes en su sitio –es asombroso como este tipo de intelectuales, se las arregla, a pesar de incurrir en abultados errores, para acaparar su minuto de fama, a causa de los repetidores, docentes pregoneros, que habitan en las universidades]

Quando el amado por Defert no era una “vedette” y cuando Louis René no reconstruía a Karl, con el tono rimbombante de un Toni Negri, el gustador de Nietzsche decía que las “... mujeres, los prisioneros, los soldados, los enfermos en los hospitales, los homosexuales han abierto ... una (pelea) específica contra la forma (singular) de poder, de imposición, de control que se ejerce sobre ellos. Estas luchas (integran) ... actualmente (el proceso) revolucionario, a condición de que sean radicales ... Y estos movimientos están unidos al (proceso rebelde) del proletariado ... en la medida en que él ha de combatir ... los controles e imposiciones que reproducen (por doquier) ... todas las formas de ejercicio y de aplicación del poder”

Foucault, Paul-Michel et al.: *Microfísica del poder*. Las Ediciones de La Piqueta, Madrid, 1979, 86 [es entonces, obvio que el crítico del Psicoanálisis sí se interesó por los segregados, por los “nadies”, por los marginados]

Deleuze acoplará que cuando se intenta “... reventar (el sistema con) la más pequeña reivindicación ... (cualquier) ... ataque revolucionario(, aunque sea parcial,) se (ensambla) ... con la (insurgencia) obrera” –ídem [este Louis René, se ubica lejos de ese otro que ensamblará una estupidez tras otra en desmedro de Heinrich, en *Derrames entre el capitalismo y la esquizofrenia*. Equipo Editorial Cactus, Buenos Aires, 2005]

El tomo dos del hojaldre que glosamos, posee una Tercera Parte.

Esta sección se compone de la Introducción.

En ella, el galo estudia *El sobrino de Rameau*. Es para mostrar que la Sinrazón es algo que es más amplio y abarcador que la locura; la novela de Diderot, revela que otra figura de la Sinrazón es la bufonería, el ser ridículo.

Sin embargo, la Sinrazón que asoma aquí es la que proviene de un filósofo que no está demente. En ese aspecto, el libro de Denis no es el escenario de una Sinrazón como la de un pensador que acabará loco, que es el caso de Nietzsche, o de un artista insano, como en el ejemplo de Artaud.

Diderot esgrime que sin el alienado, la Razón se aburriría en su blanca racionalidad. Va más lejos; el sabio, en tanto encarnación de la “Raison”, se opone al loco, por lo que el *σοφός* es sabio por distanciamiento con el alienado, lo que ocasiona que el “bohlale”, al definirse por referencia al desquiciado, es sabio no por sí mismo, sino por el espejo que es el loco, con lo que el *ghaqli* es un sabio que posee en calidad de compañero al insano. La “demencia” es lo que, por su alteridad, le garantiza al *σοφός* su racionalidad. Sin el alienado, no hay cómo establecer lo que es el sabio. La locura es la “ratio” de que la Razón sea *raison*.

La consecuencia es que sería “... *estar (desquiciado) de otro modo, el no estar loco* ...” – p. 6. [aflora acá otra vez, la amarga ironía del admirador de Sade (lo que culturalmente, arbitrariamente, se denomina “razón” es un grado menor de insania y no de normalidad absoluta, por lo que lo tremendo es que los que son un porcentaje de enfermos que son menos desquiciados que otros alienados, detentan los poderes para condenar a sus pares en la enfermedad, a sus iguales en la locura, a sufrir el internamiento, sin que los menos dementes que aplastan a los otros alienados, padezcan el encierro, siendo los que disponen la internación)].

La demencia no es lo exterior a la razón, sino que es su interior inconfeso. Peor; la sustancia del mundo es la locura –y si todos estamos algo insanos, ¿por qué esa aflicción por castigar en el otro la demencia que compartimos?

Denis manifiesta una experiencia de la locura que en rigor, no le permitirá a Occidente legitimar nunca a causa de qué encierra a los desquiciados (el término *experiencia* aparece insistentemente, lo que en una noche de un lejano día de 1993, en Ciudad del Milagro, me hizo observar Federico Juárez, el que fue profesor en *Introducción histórica a la Filosofía*, Carrera de Filosofía, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta, de la que se fue a raíz de que lo hicieron perder un Concurso con un “apadrinado” por el *establishment* de turno y su dolor fue tal, que decidió no presentar jamás su Tesina de Licenciatura, siendo más consecuente que yo en su protesta en desmedro de la academia).

Europa encuentra la forma de romper con lo que sugiere Diderot; en el ‘900, se destila la noción de “patología” para justificar por qué el *logos* se distingue de lo insano. La locura es patológica; lo normal, no.

Segunda Primeridad

En el Capítulo I, el re edificado por Louis René en una de sus obras, delinea que lo desquiciado vuelve a fascinar a Occidente.

La locura se hace tema de inquietud y de preguntas. Asoman timadores, charlatanes, ingenieros de grandes proyectos demenciales... ¿Cómo clasificar a esos personajes? ¿Están alienados? ¿En qué consistiría su insania? ¿Qué legitimaría separarlos de los que parecen normales? ¿Dónde internarlos?

Al mismo tiempo, un cambio se produce a mediados del Siglo XVIII. Otra vez, se reactualiza el miedo que se tuvo a los leprosos. Ese temor repentinamente instalado, es un miedo, no a la lepra, sino a que los enfermos de cualquier tipo y a que, por descontado, los locos, diseminen sus dolencias, esparzan lo alienado.

Los distintos sitios de confinamiento, son lugares donde se fermenta la descomposición y se extienden los poderes de la corrupción.

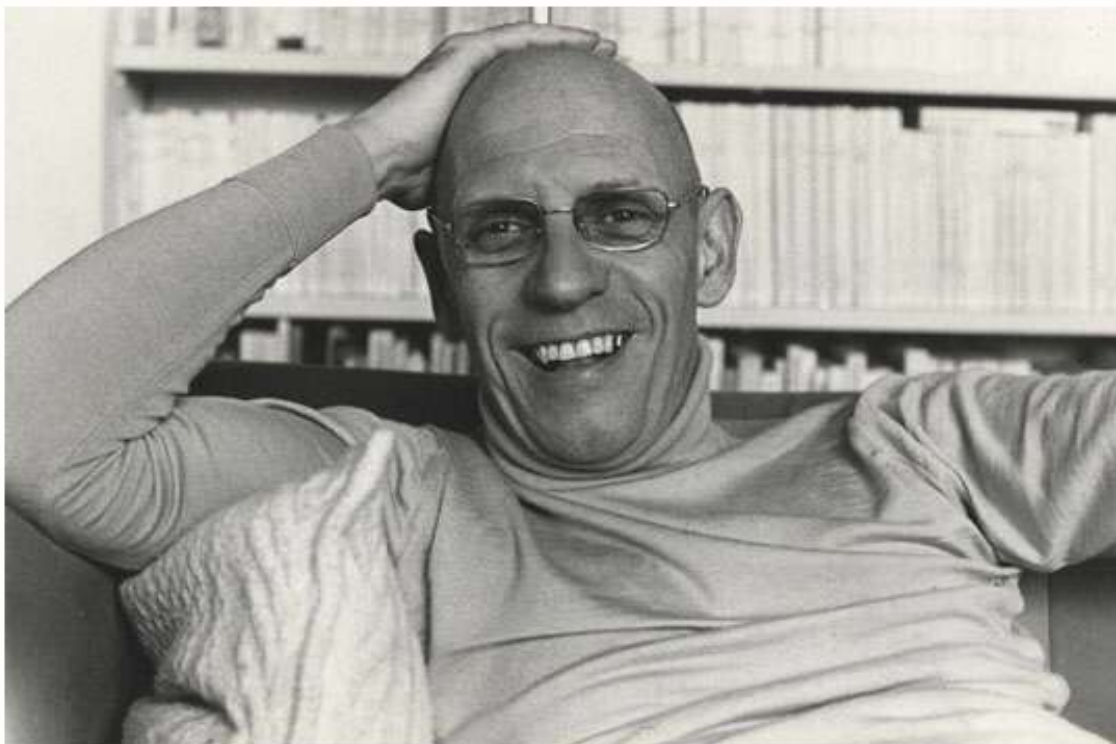
La sentencia de p. 13 es significativa porque el poder no se ejerce desde los fuertes a los débiles, desde los que internan a los encerrados, desde las clases explotadoras a las clases dominadas, sino que los poderes vienen y van desde y hacia todos los puntos. **Es la primera intuición de esa hipótesis en Foucault**, aunque sin tejerla con la lucidez de *Vigilar y castigar*, descontando los ataques a Marx, el cual también se había percatado que el poder funciona escurriéndose por todos los poros, dado que una fuerza puede ser, acorde a lo que está en la *Correspondencia*, alternativamente, opresora de otra potencia o sometida a otra fuerza.

Ese temor no se gesta en los espacios que se imaginan habitados por los poderes; el miedo es propagado por los sectores populares y son los que les imponen al poder del Estado que investigue. **Los segmentos no acomodados ejercen sus poderes** para impulsar al Estado y a sus burócratas para que indaguen –p. 14.

Esa preocupación de la gente, impulsa que surjan eruditos que planeen sistemas de ventilación para los lugares de confinamiento. La Medicina se hace eco de algo que le llega desde los sectores no privilegiados, que son la población a la que discursos como el de la “Medikuntza” debieran controlar [otra media sonrisa de Paul-Michel (los que pueden ejercer su poder para alterar el régimen a su favor, demandan que sean afectados por otras potencias que merman el poder de los muchos)].

Por añadidura, los segmentos no destacados, al proponer que se evite que las enfermedades y la locura se propaguen, obligan a que el internamiento se vuelva más duro. Los sectores no privilegiados se tornan crueles con los asilados. Un placer por generar sufrimiento en el confinado se amplía; los segmentos no acomodados son los primeros en ejercer el sadismo, el goce con el dolor, previo a que aparezca el Marqués – p. 17 (en esa perspectiva del lector de Kafka, asoma un cierto elitismo, el que era consustancial a Foucault y por ello, yerra en sus análisis políticos inmediatos y en su rebote sin amortiguaciones, de lo que para él, esparció Heinrich).

Con lentitud, el miedo difuso a las dolencias y a los insanos, se concentra en un temor hacia la locura. Los médicos se ponen en la faena de elaborar otra Nosología, que es tan desquiciada como las otras que se articularon –otra carcajada del gustador de Russel, reclinándose y poniendo una de sus manos en la cabeza



La demencia puede desatarse por malas influencias climáticas; por el exceso de libertad; por la facilidad en la disponibilidad de los bienes; por la multiplicidad de opiniones, diversidad que pierde a las mentes sin criterio; por la tendencia a la envidia; por las querellas; por una devoción religiosa aguda; por la curiosidad; por una sensibilidad exacerbada; por un amor sin frenos a lo estético; por el anhelo de conocer; por la lectura de novelas y de ficciones, en especial, en las mujeres; por no saber vivir para envejecer con parsimonia; entre otros innumerables y absurdos elementos.

Se cae en la cuenta de que los *primitivos* no son locos y que por ende, la evolución de las sociedades introduce una degeneración imperceptible que torna propensa a cada generación posterior, a ser más débil frente a la insania que los individuos de 30 años antes. Freud será uno de los que desechará esta teoría delirante, pero será uno de los que asociará la alienación con el medio social burgués de su época (como puede apreciarse, el consultor de Nietzsche no considera que el gesto de Šlomo sea un avance; no dice nada –por el momento).

Segunda “Atesis”

En el Capítulo II, Paul-Michel enuncia que el miedo a los desquiciados se convierte en un murmullo continuo con relación a que la locura aumenta.

Sea correcta o no esa sospecha, el internamiento se incrementa.

Los insanos no son únicamente encerrados, sino que los enfermos del espíritu se transforman en dolientes a los que hay que cuidar (se percibe acá, lo que será el paso que conducirá del confinamiento al tratamiento que intentará el Psicoanálisis).

La locura, en la segunda mitad de la centuria, se vuelve una enfermedad menos confusa y se la aísla con mayor efectividad –la preocupación por el cuidado, no deja de ser una

excusa para ejercer el poder contra los alienados. La demencia es desmotada de las distintas figuras de la Sinrazón, como la del desocupado, la del libertino, la del vagabundo, la del derrochador.

Dentro de los locos, se tiende a hacer otra taxonomía: están los insanos, los dementes, los alienados, el furioso, los delirantes, el obcecado (clasificación que, como las previas..., no es menos alucinatoria y no es menos nulamente fundamentada).

Esa taxonomía no es médica; proviene de los sectores no destacados –la Medicina se acercó a y se alejó de la rareza de la locura, sin que todavía la absorba en su campo.

Otro cambio brusco es suscitado; los psiquiatras que ven en el insano un alma a la que cuidar, se preocupan en que los alienados estén en un lugar que los proteja y que sea propio para los dementes, sin mezclarlos con los otros personajes de la Sinrazón. En simultáneo, las otras caricaturas de la Sinrazón, no desean ser confundidas con los locos.

En estas mutaciones, no hay que apreciar un humanismo refinado, ni hay que detectar una mejora en la intelección científica de los desquiciados, que impulsa a que los insanos sean separados de las otras figuras de la Sinrazón. **De lo que se trata es de una mayor eficiencia de los poderes que encierran** (los locos son uno de los tantos que ese poder de asilo se esmera en excluir).

Los poderes de encierro no se revelan sólo en los hospitales, en las cárceles o en los hospicios, sino también en las casas de trabajo forzado para los que se arruinan y quedan a merced de la caridad. **El poder de internar es parte de la necesidad de administrar la desocupación, la pobreza, la miseria**, para que no den ánimo a las insurgencias.

Los poderes para enclaustrar son integrantes del fenómeno de que la población se considera Objeto de poder –p. 55.

Segunda “Secundificación”. *Affermazione*

En el Capítulo III, se especifica que si en las postrimerías del Siglo XVIII la demencia es individualizada, se ignora todavía dónde internar a los locos.

Uno de los instrumentos que se emplean para determinar dónde alojar a los desquiciados, es frenar que cualquiera pueda ser confinado porque sus excesos conductuales menores, parezcan locura sin serlo. Ya no se encerrará en calidad de insanos a los pequeños libertinos, a los insignificantes fabuladores, a los desordenados imperceptibles.

Se ignorará las denuncias contra esas caricaturas intrascendentes de la Sinrazón, para concentrarse en los que son “indudablemente”, alienados (detectamos otra mueca apenada del lector de Sade; si los dementes son tan simples de reconocer, ¿para qué ajustar la lente que elimine la miopía que no permite diferenciar al loco de los demás? –si los insanos siguen siendo casi imposibles de distinguir y si continúa siendo problemático, legitimar que se diga *aqué es un alienado*, ¿por qué insistir con el internamiento?).

En Francia, para que no haya confusión alguna, se homologa a los desquiciados con las bestias feroces (una estruendosa carcajada la de Foucault; los que decretan semejante ley son ellos mismos, más dañinos que los locos a los que quieren identificar).

Es que no estamos en la etapa en que, como con Descartes, se vacilaba con respecto a la cordura de la persona racional; desde hace décadas que el hombre racional es cuerdo porque no es insano. Lo que es difícil es rodear firmemente a la demencia y es la labor a la que se dedicarán los individuos no locos, para clasificar a los desquiciados.

Son imaginados planos arquitectónicos para apartar a los insanos; tales proyectos muestran el grado de locura que atraviesa a los reformadores, para elucubrar los ambientes infernales que se les distribuirá a los alienados, a los perturbadores del reposo –p. 69 {el interrogante que deja en el aire el amado por Defert, es ¿cómo es factible que los que se consideran cuerdos y los que son evaluados como tales por los demás, puedan

imaginar horrores demenciales que manifiestan que muy sanos no se encuentran? [los locos incomodan al “Staat”, el que se debe ocupar de personas que no son nada (p. 71)]. En algunos planos de esa ingeniería del espanto, se trata a los alienados como inútiles para el trabajo y son considerados como obreros indeseables. No obstante, algún provecho hay que sacar de la ociosidad en la que vivirá el desquiciado; se inventan tareas adecuadas a su condición de insania, a causa de que para la burguesía todo tiene que ser fuente de algún beneficio. Los dementes deben producir un lucro...

Otra de las oscilaciones que siguen sin resolverse es la de enclaustrar a los desquiciados para proteger a los normales de los locos. A ese bamboleo, se le opone la vertiente de prodigar cuidados a los alienados, que son como niños sin familia.

Otra duda que asalta a los que piensan qué hacer con los insanos, es ¿a partir de qué instante se puede decidir el confinamiento? ¿Cuándo haya fracasado el tratamiento médico? ¿Cuánto tiempo es impostergable esperar para que se considere que la cura no dio resultados?

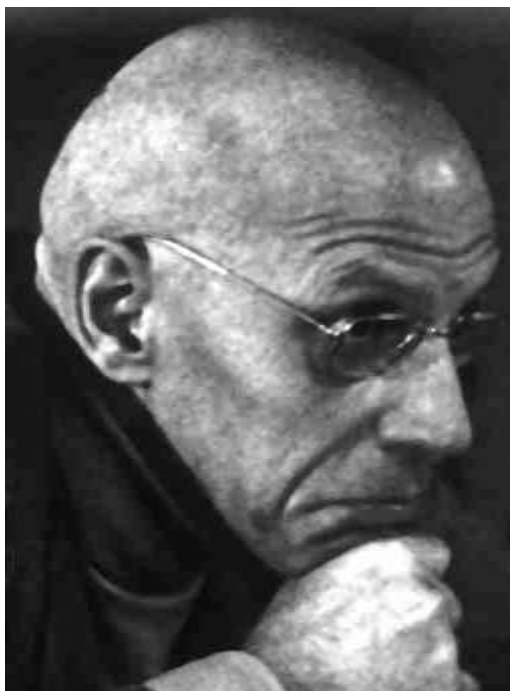
Paul-Michel informa que las modificaciones que fue describiendo de las desiguales experiencias con la locura y que fue cincelandando de la conciencia de lo alienado, no se ajusta a una línea de Progreso, sino a estructuras que se deslizan unas sobre otras. Tales desplazamientos, en ocasiones provocan rupturas perceptibles para una mirada atenta; en otras circunstancias, existe alguna continuidad –p. 67 (por ello, la *Historia de la locura...* y *Las palabras y las cosas* son pesquisas eminentemente, estructuralistas).

El asunto es que en todas esas mutaciones, la demencia se torna Objeto de administración del Estado. Los insanos, no preocupan sólo a los segmentos no acomodados, a las instituciones de caridad, a la Iglesia, a los médicos, a los aparatos de internamiento, sino al Estado –p. 73 (el “Dövlət”, que es el gobierno de los normales, se afana en la conducción de los locos y con ello, el Estado se desquicia en su intento de administrar la alienación).

Con el tema del encierro, surge un problema; si todos somos libres, ¿cómo justificar que haya instituciones que anulen esa *sbādhīnatā*? Para el ejemplo de los desquiciados, uno de los argumentos es que al insano no se lo confina, a raíz de que se lo priva de la libertad, sino que se lo interna para hacerse cargo de un uso de la “libète” que el loco no puede orientar con cordura –p. 74. No hay anulación de la libertad, sino tutela de la *vrijheid*, en el encierro.

El confinamiento es para el insano, una manera de emancipación vigilada y una estructura de protección (p. 92).

Existe una libertad dosificada, a causa de que el alienado no es hábil para controlarse con la razón, dado que carece de ella [p. 74 (así pues, tenemos que del flanco de la locura, hay un poder de vigilar y del lado de los normales, existe otra potencia para vigilar, únicamente que es un poder que el individuo mismo ejerce con relación a sí mismo, porque es cuerdo y para demostrar que es normal –Foucault, que venía sonriendo casi en silencio, se angustia ante un panorama en el que por todos los espacios no laten más que los poderes)]:



El control racional de la “kebebasan” de los desquiciados, es también para desarmar a la locura de los peligros contra la *Raison*.

No obstante, la insania justifica a los funcionarios en sus roles; como hay demencia, es necesaria la policía, el Juez, el sacerdote o el administrador de la moral (p. 81). En virtud de que existe locura disoluta, corrosiva, anarquizante, es que son imprescindibles los funcionarios que defienden la sociedad; porque hay desquiciados, **es necesario proteger la “spoleczeństwo”** [es uno de los lexemas que es uno de los títulos de los libros de Paul-Michel (Foucault, Paul-Michel: *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France. 1975–1976*. FCE, Buenos Aires, 2008)].

Nada mejor para eso, que cada cual se convierta en un policía del otro y que cada quien esté alerta frente a la probabilidad de que en el vecino emerja la demencia. **Internar, vigilar, castigar** (p. 84).

Cuidar a la “sahoe” implica que la Justicia se transforma en una Razón Pública; el Tribunal, en una Normalidad que no se confunde como la locura.

Sin embargo, la insania trae consigo algo profundo y que despacio, se irá delineando y es que el hombre como tal se hará Objeto de Conocimiento –p. 94– y con el andar de las centurias, se elevarán esos saberes enigmáticos que son las Ciencias Sociales.

Tercera Cericidad o “Dicidad”

En el Capítulo IV, es estudiado cómo la *función médica* interviene para separar a los desquiciados, legitimando con el discurso de la Medicina, el encierro de los insanos en un asilo (p. 99).

Los psiquiatras son comisarios políticos que, tras los harapos de los pobres, deben desenmascarar a los aristócratas que se ocultan con esa máscara y que, tras una locura simulada, se congregan para conspirar en desmedro de la Revolución –p. 100 (hay que estar más demente que todas las formas de insania articuladas a lo largo de la Época Clásica, para lucir esa paranoia...).

Estos médicos que están tan locos como a quienes consideran desquiciados, articularán tres oposiciones –p. 103–, donde una de ellas, cuando sus términos coinciden, supone armonía.

Primero, la tensión Verdad vs. Biosfera; el alienado es cuadrículado desde el flanco de lo salvaje y se encuentra apartado de la Verdad.

Segundo, el contraste Razón vs. Naturaleza; el loco es situado al lado de la Biosfera y por eso, carece de razón.

Tercero, más que la oposición, el complemento entre Salud y Naturaleza; cuando no existe enfermedad porque se está en conformidad con la Biosfera, la salud es genuina.

No se habla además, de internamiento, sino de un “retiro” (p. 104), eufemismo con el que se anhela encubrir la violencia atroz del confinamiento y con el que se quiere justificar el poder de encerrar al que se califica, en nombre de la Ciencia, de *desquiciado* –a estas alturas, poco importa decir si el admirado por Louis René, se mofa, se lamenta, se irrita, se conmueve, tal cual lo enuncia en “9. La vida de los hombres infames” [lo que describe es inaudito... y es para no leer más, para enmudecer, para renunciar para siempre a la intelectualidad (para morir, inclusive, a fin de no tener que ser testigos de los horrores de los que somos capaces los hombres contra los otros y en virtud de que tanta lucidez, que revela la monstruosidad en lo normal, es insoportable)].

En esta patología de la República demente, en esta Cofradía de los locos que se evalúan a sí mismos hábiles para administrar el Estado, el Psicoanálisis no introducirá ninguna insurgencia: el terapeuta será un policía y a lo que diga este “... **vigilante de la palabra, (lo único que acoplará el Psicoanálisis será lo que enuncie el) ... vigilado ...**” –p. 113 [Foucault no guarda el más mínimo contacto con el Psicoanálisis, sea de la vertiente que fuere].

Con el asilo, la Medicina autoriza al psiquiatra para clasificar a los desquiciados y para con eso, hacer justicia entre los insanos. La Medicina se convierte en Justicia.

La precisión con que se determina la clase de locura de cada quien, transforma la Justicia en Moral, porque a cada quien se le concede una proporción de insania, eludiéndose el mal del exceso.

El confinamiento de los dementes es para su cura; se inventa una Terapéutica.

La Terapéutica es, como en los otros ejemplos, un modo de poder; es una forma de repartir los castigos, si el loco no respeta la Hermandad de los insanos que es el asilo.

Hay quienes idearon máquinas que hablan del espanto de lo que son capaces de ocasionar los que se consideran normales

se “encierra ... al personaje al que se trata de habituar al trabajo en un reducto que (se inunda por) canales, de tal manera que (las aguas) lo ahogan si no da vueltas sin cesar a (una) manivela (que hace funcionar una) ... bomba (que tira hacia afuera del pozo, el agua que ingresa) ... Sabiendo que (en lugar de esa tarea absurda), podría (laborar) la tierra ...”, al cabo, el loco, preferirá eso –p. 163 o 326 de la edición estándar [la carcajada de Foucault es hilarante, en una mezcla de bronca, de asombro y de indignación].

Lo cierto es que a partir de aquellas mutaciones, el demente es vigilado, castigado, juzgado, absuelto, compensado, reprobado, culpado. Pero el “homo medicus” que es el psiquiatra no ejerce todavía un poder medicinal, sino que se le demanda el título para que se certifique su prudencia en el instante de ocuparse de un desquiciado –p. 125. El psiquiatra es antes que nada, un hombre que se imagina intachable.

However, esta figura del psiquiatra es la primera sombra nítida del médico en calidad de los poderes con respecto al enfermo (p. 128). **Ese nexa de poder se cristaliza con**

Freud –p. 129. A raíz del neurólogo vienés, el médico mudó en “... **el juez que castiga y recompensa ...**” (p. 130).

Tercera “Primificación” u *Onceanidad*

En el Capítulo V, el gustador de Sade afirma que las experiencias de la insania, que los poderes que buscaron cercar a la locura y que las sucesivas consciencias de lo desquiciado que hubo en Occidente, no acabaron –p. 131. Quedan alteraciones que están insinuadas en el Psicoanálisis y que se desplegarán.

La obsesión con respecto a lo que es la demencia, llevará a que se interrogue lo que son los hombres y entonces, el “muškarac” como tal se transformará en Objeto de indagación. Las enfermedades demostraron que se puede recuperar la salud; por analogía, a partir de la segunda mitad del Siglo XVIII, se contempló la posibilidad de que la insania pueda curarse. Esa fe dio aire, por alteraciones sorprendentes, al Psicoanálisis y este fue una de las primeras ciencias en operar en tanto conocimiento acerca de los *mænd*.

Freud será la culminación de una Antropología de tres términos: el hombre, su locura, la verdad de la demencia.

En la Época Clásica había idénticamente, una Antropología, sólo que de otro tipo. F. i., el individuo era tabulado por si estaba lejos del error o de la verdad; por si prefería la realidad o el mundo de los fantasmas (p. 138 –es que en cierta manera, cada etapa, cada comuna, posee su Antropología o su visión del “człowiek” y de sus tormentos).

La inquietud de quién es un desquiciado es correlativa de la pregunta de qué es el hombre. Y esa incomodidad, no significa únicamente **cuestionarse qué es el “odam” bajo cierta Antropología**, sino que equivale a **interrogarse por el hombre bajo los axiomas de determinada Psicología** (p. 144).

Como la insania se torna política de Estado, **a la Antropología y a la Psicología se une un Ideario de Gobernabilidad**, un Contrato Social para eliminar el proyecto delirante de una Asociación de los Amigos del Crimen, que es lo que alucina el Marqués.

Tercera Secundidad. “Doceidad”

Esto es lo sustancial de lo que nos parece que late o sangra, en esa investigación admirable de un Paul-Michel ignorado en 1960.

Habiendo acabado con la reseña de la Tesis Doctoral de Foucault, Tesis que fue rebotada por la Universidad de Upsala, donde se la presentó en principio..., no nos ocuparemos del debate inútil entre Paul-Michel y Derrida, acerca del estatuto de la locura en Descartes; nos parece una discusión intrascendente y para demostrar quién posee mayor poder argumentativo, en medio y en el medio, de relaciones de poder.

Es una trifulca boba del que comienza a gubiar la analítica de los poderes y es una pelea indigna de quien inauguró el pos estructuralismo en 1966.

Nos quedamos con una última sonrisa; la de un consultor de Nietzsche que se esmera en una ironía casi imperceptible, pero que alimenta una lucha contra el poder que se disemina, no menos resistente [aunque parezca una exageración, casi todo el pensamiento de un intelectual puede vincularse a un gesto corporal que se reitera a lo largo de su trayectoria y que aparece de distintos modos –los ojos luminosos de Engels; la mano escondida, en su traje, en el caso de “Karell”; la mirada al sesgo en Hegel; entre otros ejemplos (es como quisimos leer a este Foucault en particular)]

